

XII

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,
cuán útil puede ser á la conciencia
un trompo como el tuyo bien guardado?
¿No ves, por experiencia,
que un juguete infantil desenterrado
puede ser una ciencia
que enseñe á desandar lo mal andado,
y á recordar los días de inocencia
uniendo lo presente á lo pasado?
¡Ya ves cómo á toda alma descreída
del alto cielo la clemencia alcanza,
y que, en trompo ó muñeca convertida,
en todos los naufragios de la vida
echa el cielo el tablón de una esperanza!
¡Ya ves cómo un juguete que se deja
y que á encontrar se vuelve casualmente,
hace que Alicia vieja, y ya muy vieja,
torne á ser inocente;
y que, pensando ya cómo refleja
sus objetos el agua de la fuente,
con sus sentidos y potencias todas,
turbios los ojos y las manos secas,
toma el pretexto de ensayar las modas
para jugar, ya anciana, á las muñecas;
y al olvidar sus muchos desengaños,
aunque vieja, muy vieja,
viviendo se asemeja
á una niña, muy niña de cien años!
¡Saber envejecer! Esta es la ciencia
que yo con más ardor al cielo pido,
ahora que se extingue mi existencia
primero entre las brumas de la ausencia,
y después en la noche del olvido!
¡La fe en la ancianidad, son los favores
que pedirán al cielo tus dolores
cuando hayas aprendido
en tu vida precaria
que, á más de un receptáculo de horrores,
la tierra es una tumba solitaria,
sobre la cual derrama sus fulgores
el sol como una antorcha funeraria!

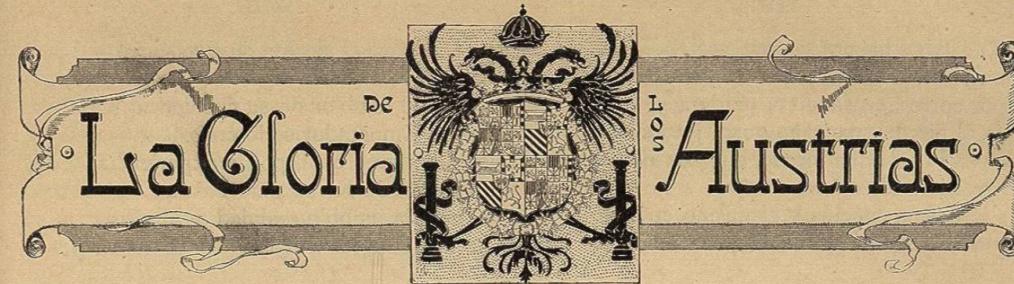
XIII

Pero ¡ay! olvida, olvida
este final tan lúgubre y sangriento,
que sé, por mi desgracia y mi escarmiento,
que es un gran mal el conocer la vida. —
Y pues llegó á su término mi cuento,
aunque es, por su fortuna,
poco menos que ocioso
aconsejar al que, cual tú, dichoso,
la ciencia y la virtud halló en su cuna,
oye un consejo y deja que te abrace:
sé leal á la gloria de tu nombre,
pues la mayor traición es ser el hombre
desertor de las filas en que nace.
No olvidando esta historia,
y guardando ese trompo y siendo bueno,
seguirás por la senda de la gloria
que te trazó con su inmortal memoria
tu ilustre abuelo de modestia lleno (1).
Aprende bien que *obliga la nobleza*,
y Dios te lo demande
si no imitas con ciencia y con firmeza
la rectitud, la gloria y la entereza
de aquel á quien su patria le hizo grande
y que fué superior á su grandeza.

XIV

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!
Toma un beso, y adiós, que estoy de prisa:
que dure eternamente en tu semblante
la bella obstinación de tu sonrisa.
Y, en prueba de lo mucho que te adoro,
ruego al cielo que, alegre y sin hastío,
no tengas que llorar, como yo lloro,
penas sin causa en horas de vacío;
y que las Parcas hilen, hijo mío,
el hilo de tu vida en husos de oro!

(1) D. Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.



A mi buen amigo el profundo filósofo DON URBANO GONZALEZ SERRANO

POEMA EN UN CANTO

I

¡Musa viril de la Epopeya, canto
aquella acción tristísima en que vino
á ser de niño el héroe de Lepanto
un hermoso juguete del destino!
¡Canto, Musa, al varón que siendo espanto
del turco, el holandés y el argelino,
en la historia aprendió de unas manzanas
la caridad y la virtud cristianas!

II

¡Canto también al héroe que de horrores
fué la Europa y el África llenando,
hasta que, harto de goces y de honores,
la tristeza de Tito halló en el mando;
al que la suerte, incierta en sus favores,
le hizo saber por fin, el tiempo andando,
cómo puede parar un campesino
al conductor del carro del destino!

III

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,
que siempre el que honra á un pobre sale hon-
rado, reflejos nada más de lo pasado!
¡Verás en esta rápida lectura,
por tu gran corazón iluminado,
que no siempre da dicha la victoria,
que es la virtud más grande que la gloria!

IV

Muy niño aún, descalzo y sin montera,
subió á robar manzanas á un manzano
Don Juan de Austria: era una alma aventurera,
y el mundo es un festín para el milano.

Se ignora de él en la comarca entera
que es hijo de su excelso soberano.
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.
Nada. Un poder desconocido, es nada.

V

El mismo Emperador con extrañeza
ve que, en cuanto á perales y manzanos,
los esquilma Don Juan con la destreza
que envidiaría un jugador de manos.
Lo ve, porque arrastrando su tristeza,
de incógnito por cumbres y por llanos,
vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,
dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

VI

El hijo natural del padre agosto,
convirtiendo el manzano en su despensa,
comía las manzanas con un gusto
que denotaba una salud inmensa.
— «Siete veces al día peca el justo,» —
disculpando á Don Juan, Don Carlos piensa.
— «Siete veces... siguió en su pensamiento,
«menos justos cual yo que pecan ciento.» —

VII

Lo ve también el dueño del manzano,
y le arroja á Don Juan tales pedradas,
que hace correr hasta el lugar cercano
á un rebaño de cabras asustadas.
Al verlo, grita el Rey: — Basta, villano. —
¡Cómo! diréis, ¿en épocas pasadas
á un príncipe apedrea un campesino?
Así pasó. Cuestión: ¿qué es el destino?

VIII

Del árbol baja al fin sin escalera
Don Juan, ve al Rey, y sin dudar escapa,
y por correr, cruzando la pradera,
deja al pie del manzano gorra y capa.
Huyendo así aquel héroe, que aun no lo era,
un resfriado de cabeza atrapa.
Es la misma canción y el mismo cuento:
siempre en guerra la dicha y el talento.

IX

Corre Don Juan, é infiel á su destino
de héroe futuro y noble caballero,
se agazapa en la acequia de un molino,
del cual quisiera ser el molinero.
Viendo huir á Don Juan, el campesino
«¡cobarde!» — le gritó; después «¡ratero!» —
Y al Rey «¿quién eres?» — preguntó el vasallo,
lanzando aquí la interjección que callo.

X

Con la altivez de un hijo de la luna
el Rey le contestó: — «¡Carlos de Gante!»
— «Y ese niño, ¿quién es?» — «De noble cuna,
le replicó ya el Rey de mal talante.
— «Pues tú responderás con tu fortuna
de ese ladrón con trazas de estudiante.»
— «Bien hecho, piensa el Rey, es un malvado
el que tala la miés que no ha sembrado.»

XI

Cual buen patán cree el labrador artero
que el Rey es algún pillo disfrazado
que lleva en la cabeza por sombrero
un tubo más ó menos prolongado.
El destino es muy poco caballero,
y aquel jayán, tan ciego como el hado,
al más grande y más bravo de los reyes
lo encerró en el establo de unos bueyes.

XII

¡Ved, lector, á un mortal casi divino,
por no ser conocido, aprisionado!
¡Oh golpes imprevistos del destino!
¿De dónde arrancará lo inesperado?
Pensó el Rey corromper al campesino,
mas no halló en su bolsillo ni un ducado.
Y por primera vez vió el caballero
que no hay héroes sin fuerza y sin dinero.

XIII

— Irás ante el alcalde de Plasencia, —
el labrador con furia le decía;
y, según el temblor de su conciencia,
el pobre Emperador se lo creía,
pues sabía muy bien, por la experiencia
de Villalar, de Roma y de Pavía,
que, ante la innoble realidad del hecho,
la fuerza, aunque brutal, vence al derecho.

XIV

Y ni pudo matar á aquel pechero,
porque el día anterior el Soberano
pensando en poner fuego al mundo entero
cayó un candil, y le quemó una mano.
No lo mató por eso, aunque, altanero,
¡Villano! — dijo, y repitió: — ¡Villano! —
¡Justo es, gran Rey, que sufras, y recuerdes
el cuento de las uvas que están verdes!

XV

¡Poder de la justicia! El Rey temía
ser llevado al alcalde de Plasencia,
pues siempre en su alma fué, como en la mía,
su genio y su defecto la prudencia.
Detenido tres horas aquel día,
tres ovillos gastó de su paciencia
el hombre á quien, humildes hasta entonces,
adulaban los mármoles y bronces.

XVI

Y ¡pobre Rey! su corazón devora
el dolor más atroz de los dolores,
porque lo ve humillado una pastora
que mantiene carneros con las flores.
Y ¡oh amor, amor! su noche se hace aurora
viendo de ella los ojos tentadores,
pues el Rey en victorias y en mujeres
tiene un alma glotona de placeres.

XVII

Después quiso el destino caprichoso
que con hambre voraz y escasa ropa
pasase por allí *Roque el leproso*,
que iba al convento á demandar la sopa.
Y hablando al labrador, que está furioso,
pide perdón para el señor de Europa
quien no tiene en verano ni en invierno
el gusto de saber lo que es pan tierno.

XVIII

¿Librar un pordiosero á un poderoso?
He aquí, lectores míos, realizado
el cuento, para muchos fabuloso,
del ratón y el león aprisionado.
Libró al Emperador *Roque el leproso*,
porque aquél una vez desde un terrado
un mendrugo le echó de pan moreno
de trigo malo y de peor centeno.

XIX

Roque el leproso convenció al villano
de que una buena acción trae buena suerte;
que la mujer, el niño y el anciano
son tres seres sagrados para el fuerte.
Sin saber que era el viejo un soberano,
pintó con tal fervor su mala suerte,
que hizo á todos llorar *Roque el leproso*:
y es que el bien, como el mal, es contagioso.

XX

Y aunque un juez necesita de un culpable,
desarruga el labriego el entrecejo,
y después de llamarle — ¡miserable! —
olvidando al muchacho, suelta al viejo.
Humilde el Rey y el labrador afable,
de la Biblia adoptaron el consejo:
al rico no abusar de su opulencia,
y al pobre ser sublime en la paciencia.

XXI

Libre ya el Rey, sólo pensó de veras,
por padecer de gota y otros males,
en sentarse en su silla de caderas
que *no valdría en venta cuatro reales*.
Y no sintiendo ya las borracheras
del licor de los sueños inmortales,
dijo tocando con la barba al pecho:
— Todo cuanto hace Dios está bien hecho. —

XXII

Y á Yuste vuelve el Rey con paso lento,
al extinguirse el sol en Occidente,
y va sus penas confiando al viento,
que se queja, como él, eternamente.
Al verle dirigirse hacia el convento,
— ¡Buen viaje, Majestad! — dice la gente.
— ¡Gracias, gracias! Don Carlos repetía,
y — ¡buena está mi Majestad! — decía.

XXIII

En España no hay cólera durable;
y, siendo algo español el gran Tudesco,
ya al morir aquel día interminable
se le templó la rabia con el fresco.
Y al fin de esta odisea memorable
confesó con candor caballeresco:
¡que la ley es más fuerte que la espada;
que es todo la virtud, la gloria nada!

